

UN CUENTO DE BLASCO IBÁÑEZ EN LA *REVISTA DE LAS PROVINCIAS* (1889)

Carmen Menéndez Onrubia

El cuento de Blasco Ibáñez, “El perro del brigadier,” no compilado en ninguna de sus colecciones de cuentos,¹ ni incluido en los estudios dedicados a su cuentística,² pertenece a la etapa juvenil de la producción literaria del escritor valenciano. Vio la luz, aunque no pueda precisarse si por vez primera, en una desconocida publicación cultural, la *Revista de las Provincias*, segundo intento de su propietario, editor y director, Fermín Herrán Tejada,³ de dar a conocer en Madrid el movimiento cultural de las provincias.⁴ Con el subtítulo, *Ciencias. Letras. Artes*, y con el lema puesto al frente de la portada del tomo primero, “Todo por y para las Provincias,” inició una nueva andadura la *Revista de las Provincias* el día 5 de mayo de 1889.

Como era costumbre en Herrán, montó en la capital madrileña imprenta propia donde poder hacer la tirada de su publicación, que fue apareciendo con carácter decenal los días 5, 15 y 25 de cada mes, en gran formato a dos columnas y con doce páginas cada número, a excepción del primero, que se incrementó con cuatro más correspondientes al “Prospecto,” y del último de ese año 1889, el número 24, que salió con ocho páginas. A estos veinticuatro números siguió otro más, el del 5 de enero de 1890, que iniciaba numeración independiente desde el número 1. No es posible por el momento saber si ésta fue la última entrega de la revista, pues nada indica que así fuera, o si llegó a salir algún número más.⁵

Aunque las biografías de Herrán y Blasco tenían ya en el año 1889 muchos puntos coincidentes—su actividad arrolladora, su pertenencia a la masonería,⁶ su filiación republicana—, la presencia del joven escritor valenciano en las páginas de la *Revista de las Provincias* debió ser auspiciada por su maestro, Constantino Llombart, fundador de una sociedad que trataba de impulsar la Renaixença en tierras levantinas, “Lo Rat Penat.” Fermín Herrán había sido prologuista, años atrás, del libro de poesías de Llombart, *Flores y perlas*, escrito en colaboración con José F. Sanmartín y Aguirre. Además, y sin salirnos de la *Revista* que nos ocupa, había incluido, en su primera etapa, distintas composiciones del poeta valenciano, como el soneto-dolora, “Lágrimas,” y la dolora, “Razón de la sinrazón” (nº 9 [1 de agosto de 1877]: 136), así como la dolora “Llanto y risa” (nº 11 [15 de octubre de 1877]: 168).

“El perro del brigadier,” cuento ambientado en la primera guerra carlista y con un cierto sabor de narración popular, apareció en el número 8 de la *Revista de las Provincias*, correspondiente al 15 de julio de 1889, ocupando las cuatro primeras páginas.

Para la presentación del texto he optado por modernizar la ortografía (“estravagante: extravagante; ájil: ágil; ahullidos:aullidos; muger: mujer”), modificar la puntuación e incluir entre corchetes las palabras añadidas por mí para hacer más comprensible su lectura.

Instituto de la Lengua Española,
C.S.I.C. (Madrid)

* * *

El perro del brigadier Cuento

El brigadier D. Martín de Amezcoa golpeó con su diestra el mármol de la mesa y dirigiendo a sus habituales compañeros de café una mirada de aquellas que reservaba para sus muchos momentos de pasajera irritación, dijo con su voz temblona y un poco fuera de tono.

–Vamos a ver, ¿y por qué soy un extravagante?, ¿por qué me dan Vds. tal título?, ¿porque tengo en mi despacho a *Granadero* disecado dentro de una urna de cristal? Cada uno se entiende, Don Paquito, y Vd. se hubiera acreditado de joven reflexivo y serio si en vez de venir con el chisme a los amigos, me hubiera preguntado esta mañana por qué tenía un perro disecado en mi casa.

El llamado Don Paquito, joven casi imberbe que estaba sentado frente al brigadier, sintió la necesidad de contestar a la andanada de éste:

–Mi brigadier, Vd. se desahogará contra mí como mejor guste, pero debe confesar que es algo extravagante tener disecado un perro como si se tratara de un colibrí u otro pájaro bonito.

–Vuelvo a repetir que cada uno se entiende señor mío y si yo conservo a *Granadero*, él me conservó antes a mí, pues me libró de la muerte.

–¿Le sacó a Vd. del agua próximo a ahogarse?–preguntó uno de los presentes.

–Calle Vd. hombre; yo en mi vida he caído al mar. Rolema, mi *Granadero*, era un perrillo muy pequeño para poder sacar a flote a un buen mozo como yo.

–Pues entonces, Don Martín, será algún caso muy original.

–Y tanto, como lo es [sic]. Voy a relatárselo a Vds. y deben agradecermelo, pues no soy de los que se deleitan en contar los hechos de mi vida.

Todos apoyaron los codos sobre el mármol e inclinaron la cabeza como para escuchar mejor. Don Martín, en tanto, bebió agua y por fin comenzó a hablar:

–Lo que voy a contar a Vds. sucedió en los tiempos de la primera guerra civil, o sea, cuando yo era subteniente y tenía un hermoso bigote negro que me valía muchas conquistas. Hoy no tengo más que reumatismos y heridas en el cuerpo, ¡cómo ha de ser!, váyase lo uno por lo otro.

Apenas fui incorporado a mi regimiento se ordenó la marcha de éste para el Norte, donde las cosas no andaban tan bien para el gobierno como era de desear, y héte aquí al subteniente Don Martín mandando la cuarta parte de una compañía de cazadores, tragando

polvo por caminos interminables y meneando las piernas sin cesar.

El coronel era un buen señor, un antiguo amigo de mi padre, que me trataba con severa franqueza.

Cuando llegamos a Ávila me dijo con el mismo acento imperioso que empleaba para dar una orden.

—Hace ya mucho tiempo que no has visto a tu madre; anda, pues, a verla, que la pobrecilla después de la muerte de mi amigo no tiene en el mundo otra familia que tú.

Mi madre vivía en un pueblo cercano y para él salí a la mañana siguiente de llegar el regimiento a Ávila.

En aquel corto viaje me acompañó *Granadero*, un perrillo vivo y ágil que siempre estaba husmeando el horizonte y brincando sin cesar a las rodillas de su amo.

Permanecí más de un día en casa de mi madre y cuando regresé a Ávila supe que el regimiento había ya partido hacía unas seis horas.

Para mí, que entonces tenía muy buenas piernas, no era mucha la delantera que el regimiento me llevaba, así es que resolví alcanzarlo en el primer pueblo donde se detuvieron [sic] a descansar.

Salí de la ciudad al amanecer sin otra compañía que la de *Granadero* que, como siempre, interrumpía su marcha para hacer mil monerías que distrajeran a su amo.

¡Hermoso día! A pesar de que estábamos a principios del invierno, el sol llenaba el espacio de luz y de calor, y en el cielo no se distinguía ni un jirón de nube.

El sudor mojaba la visera de mi chacó y a la media hora de marcha me vi obligado a despojarme de mi grueso capote para refrescarme un poco.

Los campesinos, al cruzarse conmigo en el camino, me miraban con extrañeza. Verdaderamente no era muy común ver marchar a pie a un oficial sin otra compañía que la de un perro.

Por la tarde, o sea, cuando yo comenzaba a encontrar algo aburrido el hacer tan larga jornada acompañado de un perro y este iba ya taciturno y con el rabo caído—lo que en él era señal infalible de tristeza—, se operó una radical transformación en el cielo.

Un revuelto montón de nubes, que desde por la mañana estaba apuntando por occidente, se extendió rápidamente por el cielo y a continuación comenzó a caer una lluvia de esas que parece que con su fuerza pretenden agujerear la tierra hasta lo más profundo.

Con esto se hizo de noche antes de lo que yo esperaba.

El camino, que era estrecho, tortuoso y oprimido entre montañas cuyas vertientes terminaban en sus mismos bordes, se hacía por instantes intransitable.

Al poco tiempo de empezada la tempestad tenía yo todo mi cuerpo mojado y las polainas totalmente cubiertas de gruesas capas de barro, pues a cada paso me hundía hasta cerca de las rodillas en aquellos charcos que la oscuridad, cada vez más creciente, no permitía ver.

La lluvia resbalaba en la cúspide de mi chacó y las carrilleras eran dos continuos hilillos de agua que se esparramaba sobre el uniforme o se introducía entre la camisa y la carne.

Granadero sufría el temporal con resignación; yo, en cambio, juraba como un condenado y, oprimiendo la empuñadura de mi sable, miraba furioso al cielo como si fuera capaz de partirlo en dos de una cuchillada.

Cuando la oscuridad fue completa, aquella marcha se me hizo ya insufrible.

Resbalé y caí un sinnúmero de veces y hubo instante en que dudé si podría salir de aquel barro en que me hundía y que tiraba de mis piernas como si quisiera tragarme. Tenía la ropa pegada al cuerpo y mis movimientos eran a cada instante más difíciles.

Por fortuna descubrí de pronto, al terminar una revuelta del camino y a poca distancia de mí, el oscuro contorno de una casa.

A pesar de mi estado desesperante no pude menos de fijar la atención en ella. Era una casucha ruinoso, de grandes aleros, techo apuntalado y ruinosas paredes, que, vista en la oscuridad, tenía el perfil propio de una cabeza fantástica que, con el resto del cuerpo en lo profundo, se asomaba a la superficie de la tierra cubierta con un sombrero chinesco.

Granadero frotó su lomo en mis piernas, como para decirme que haríamos muy bien en acogernos a aquel albergue que tan oportunamente encontrábamos.

Yo pensé que aquella casa, que indudablemente era una venta, no debía [de] estar muy lejos del pueblo donde pernoctaba el regimiento y que, por lo tanto, bien podía permanecer en ella hasta dos horas antes de romper el día y entonces continuar la marcha.

Llamé a la puerta, que era muy vieja, y tenía grietas por las que cabía perfectamente una pata de mi perro.

Nadie contestó. Por un ángulo del tejado escapaba toda el agua que en él se recogía y aquel raudal, que chasqueteaba al caer sobre las piedras, parecía modular una carcajada interminable.

Volví a llamar; por fin oí lejanos pasos y las grietas fueron destacándose sobre el fondo negro de la puerta con el reflejo de una luz rojiza, que poco a poco iba acercándose.

Abrieron sin preguntar quién era el que llamaba y vi ante mí un hombre con un gran candil en la mano y a cuyos hombros apenas si buenamente llegaba mi cabeza. Su rostro no era muy tranquilizador.

Después de darme las buenas noches y de asegurarme que allí tendría alojamiento, aunque no muy cómodo, entré con él hasta la cocina y me senté frente al hogar en el cual ardían algunos troncos.

Mientras me calentaba, examiné con detenimiento aquella pieza.

Las paredes era indudable que en algún tiempo habían sido blanqueadas, pero después habían adquirido un extraño color que producen la negrura del humo y la amarillantez del tiempo. Las llamas, que crepitando saltaban en el hogar, producían una luz rojiza que, inquieta, correteaba por las paredes y el techo, dejando libres grandes espacios para que en ellos se refugiara la sombra.

En un rincón estaban sentados sobre viejo banco dos hombres de cuerpos robustos aunque enjutos, cubiertos de repugnantes harapos, de rostros fieros y que me miraban con los ojos entornados como si pretendieran hacerme creer que dormían.

Un poco más allá una vieja alta, huesosa y repugnante, sentada en una silla pequeña y con el rosario en las manos, también fingía dormir abriendo quedamente de vez en cuando uno de sus ojos.

¡Gran Dios! ¿Dónde me había metido?

Este fue el pensamiento que tuve apenas para revistar [sic] a mi alrededor, pensamiento en el que me afirmé más a cada instante.

Granadero, que se había colocado entre mis piernas para gozar mejor del fuego, levantaba la cabeza y, después de dirigir una mirada hosca e inquieta a aquellos seres mudos, daba sordos rugidos fijando sus ojos en mí como para decirme:

“No, pues lo que es estos no son gente buena; desconfía, amo mío”.

El ventero estaba de pie detrás de mí y, sin duda, para evitar que fijara mi atención en sus compañeros, me abrumaba a preguntas sobre mi viaje y me repetía que algunas horas antes había pasado por allí el regimiento.

Pedí de cenar y aquel hombre se limitó a hacer un gesto de extrañeza, al par [sic] que me dijo que en toda la casa no tenía más comida que un pan y este bastante duro.

Preferí dormir y al poco rato subía los agrietados y desiguales peldaños de una vieja escalera, precedido del ventero, que alumbraba, y seguido de *Granadero*, que cada vez se mostraba más inquieto.

Los otros dos hombres y la vieja se quedaron en la cocina y apenas si llegaron a contestar con un gruñido al saludo que les dirigí al marcharme.

El ventero, procurando siempre evitar que yo sospechase y sin que mediase pregunta alguna, me dijo que la vieja era su mujer y aquellos dos hombres inmóviles como esfinges eran dos infelices a quien la lluvia había obligado a refugiarse en la venta y que, por aquella noche, dormirían en la cocina.

A pesar de la expresión de sinceridad que aquel hombre quería dar a sus palabras, no logró convencerme.

Entramos en la habitación que me había destinado y vi que era un camaranchón de paredes agrietadas, por cuyos agujeros entraba y salía el viento con entera libertad, y de alto techo que apenas si llegaba a iluminar la luz del candil.

En un rincón se veía un arca de vieja madera adornada con gruesos clavos, recuerdo vetusto de otros tiempos, y en el centro de la habitación figuraba un camastro de madera con dos colchones delgados como tortas y unas sábanas de color algo indefinible.

Los rincones estaban tapizados con gruesas capas de polvo y telarañas, bajo las cuales debía cobijarse todo un mundo de asquerosos insectos.

El ventero colgó el candil en una escarpia de madera y, después de darme las buenas noches, salió cerrando la puerta.

Apenas quedé solo, sentí en mi interior una impresión extraña, una profunda inquietud que casi podía calificarse de miedo.

¡Miedo! ¿A qué? ... Esta fue la pregunta que repetidas veces me dirigí y como mi alarmado espíritu no acertara a contestar nada razonable acabé murmurando entre dientes.

—¡Bah! Estas son aprensiones propias del que acaba de salir del colegio y se acuesta por primera vez en una mala venta.

Me quité el chacó y el capote, me desceñí el sable y este y las pistolas fueron colocados bajo de [sic] la almohada.

En tanto *Granadero* husmeaba la habitación; indudablemente, el perro empezaba a presentir algo. Olfateaba todos los rincones y, de vez en cuando, levantaba la cabeza para mirar al techo lanzando sordos gruñidos.

Yo estaba inmóvil junto a la cama y seguía con la vista todas las idas y venidas de *Granadero*.

El silencio era casi absoluto. Sólo la luz del candil crepitaba de vez en cuando despidiendo pequeñas chispas y fuera oíase el zumbido de la lluvia y de los árboles agitados por el viento.

En algunos instantes me pareció oír un rumor semejante al que produce una disputa en voz baja, pero siempre que fijaba más mi atención para comprender mejor aquel sordo ruido procedente de la cocina, el estrépito de una ráfaga de viento que azotaba la venta o el monótono chapoteo de la lluvia que arreciaba venían a impedírmelo.

Por las grietas de la pared se filtraba un frío vientecillo que me hacía estremecer, por lo que determiné meterme inmediatamente en la cama.

Volví a mirar si estaban bien colocados el sable y las pistolas, me quité las botas y después me introduje entre las sábanas, que eran ásperas y granujentas como piel de lija. El frío me obligaba a conservar puesto el uniforme.

Apagué la luz del candil y escondí la cabeza bajo el embozo de la cama, pues en aquel desván aumentaba el frío pero, apenas tal hice, sentí que alguien saltaba sobre la cama.

Era *Granadero* que empezó a aullar pugnando con las patas para arrojar a un lado la cubierta.

Dejé hacer a mi perro creyendo que sólo deseaba compartir conmigo la cama, pero mi sorpresa fue grande al ver que me mordía suavemente una manga y tiraba de mí con intención de arrojarme de la cama.

Algo incomodado por tal familiaridad y dejándome llevar de un impulso de mi carácter, di tal puñetazo a mi perrillo que cayó rodando al suelo. Pero *Granadero*, apenas se levantó, tornó a escalar la cama para repetir la misma operación.

Tal insistencia me hizo creer que allí existía algún peligro que había adivinado el noble instinto del animal.

Apenas pensé esto me arrojé vivamente de la cama y, buscando en un bolsillo de mi pantalón los avíos de encender, hice que al poco rato el candil alumbrara la habitación.

Miré por todas partes y nada vi. El perro levantaba la cabeza hacia el techo como para indicarme que aquello era lo que yo debía examinar, pero por más que yo miraba no podía ver otra cosa que las vigas casi ocultas en las sombras.

Únicamente llamó mi atención una de ellas, que estaba transversalmente a mi cama, por ser mucho más ancha que las restantes.

Pero este detalle no produjo en mí sospechas y, viendo que por ninguna parte encontraba algo que justificase la alarma de mi perro, determiné apagar otra vez el candil y acostarme.

Cuando me tendí en la cama experimenté esa sensación voluptuosa propia del que se siente cansado y comprende que va a descansar.

Pero mi perro volvió otra vez a incomodarme repitiendo la misma maniobra.

Entonces me puse furioso y le descargué unos cuantos golpes que le hicieron rodar a algunos pasos de la cama.

Granadero dio algunos aullidos de dolor y otra vez volvió mansamente sobre mí para tirarme de una manga, de un pie o de los faldones de la levita.

En vista de esto empezó una verdadera lucha entre el amo y el perro. Yo daba puntapiés y puñetazos a *Granadero* y este los sufría pacientemente y, temblando, volvía

otra vez a pugnar por arrojarme de la cama.

Cansado ya de tan extraña lucha y alarmado por tan inusitada insistencia volví a arrojarme de la cama, lo que tranquilizó un poco a mi perro, el cual, medroso como el que está a la expectativa de un gran peligro, se refugió entre mis piernas.

Era indudable que aquellos seres de siniestra catadura que había visto en la cocina estaban tramando contra mí algo que presentía mi perro.

Pensando en esto, me preparé a resistir una agresión. Volví a encender el candil, me puse las botas, el capote y el chacó, me ceñí el sable y montando mis pistolas fui a colocarme en un rincón de donde me puse a vigilar la puerta de la estancia.

Granadero parecía muy alegre por esta resolución y frotaba en mis rodillas su velludo lomo.

Muy pronto noté que mi perro no miraba a la puerta y que, únicamente, fijaba sus ojos alternativamente en la cama y en la viga de que antes he hablado.

Miré entonces a tal sitio y así permanecimos mucho tiempo.

De pronto oí un ligero rechinar, semejante al de una polea, y después ..., ¡ah!, después sucedió una cosa horrible.

Del techo, de aquella misma viga, cayó con rapidez pasmosa algo grande y pesado que dividió en dos partes la cama con sin igual estrépito.

Aquel objeto desconocido al caer agitó violentamente las capas de aire y por poco no apagó la luz del candil.

Quedé aterrorizado y cuando se restableció el absoluto silencio de momentos antes, cuando mis oídos dejaron de rumbiar, parecía como que escuchaba el apresurado latir de mi corazón.

Mi perro no se había equivocado.

Así que me repuse un tanto de la sorpresa, lo primero que hice fue acercarme a la cama que estaba rota en el suelo bajo el peso de aquel objeto misterioso.

Miré bien y no pude ver más que dos cadenas que pendían del techo y estaban unidas a una especie de madero largo y estrecho, cuyo filo superior sobresalía entre aquel revoltijo que formaban los colchones y las sábanas destrozadas.

Descolgué el candil para ver mejor y entonces la luz hizo lanzar plateados reflejos a aquello que yo creía madero, no siendo otra cosa que una colosal cuchilla. Todo lo comprendí ante semejante descubrimiento. Yo había oído hablar de ventas solitarias en donde se asesinaba a los dormidos viajeros para robarles y comprendí que me hallaba en una de ellas y que aquel era el medio de que se valían los miserables que estaban abajo para realizar sin exposición alguna sus criminales propósitos.

Aquella cuchilla estaba embutida en una viga y, merced a un oculto mecanismo, caía sobre la cama dividiendo en dos mitades al que en ella se encontrara durmiendo.

Apenas acababa de examinar aquel aparato de muerte, cuando oí rumor de pasos en la escalera. Era indudable que los asesinos subían para gozarse ante el resultado de su obra.

En la expectativa de un peligro tal, resolví vender cara mi vida y amartillé mis pistolas.

Pero entonces, con el terror consiguiente, noté que la lluvia las había mojado y por tanto estaban inservibles.

Con desesperación arrojélas sobre la rota cama y, después de desenvainar el sable,

apagué el candil con un fuerte soplo.

Transcurrieron unos instantes en el mayor silencio. Los pasos que sonaban en la escalera eran tardos y pesados y cada vez se oían más cercanos.

Por fin cesaron, y a la parte de afuera de la puerta se produjo ese razonamiento [*sic*: rozamiento] que indica que una persona apoya su cabeza para escuchar.

Granadero, que hasta entonces había permanecido junto a mí, se arrastró hasta llegar a la puerta y allí se puso a aullar sorda y tristemente.

Quien estaba en la escalera era la vieja, que a juzgar por lo vacilante de sus pasos y la incoherencia de sus palabras, que profería a media voz, se encontraba completamente ebria.

Aquella arpía tenía miedo a mi perro, que aullaba de un modo poco tranquilizador, y por esto decía entre dientes, monologuizando como todos los seres embriagados, que sería mucho más acertado entrar a recoger al muerto a la mañana siguiente. El muerto, para aquella fiera, era yo.

La vieja, después de decir esto y dedicar unas cuantas maldiciones a mi perro y no menos blasfemias a mi memoria, se alejó.

Yo temí que sus compañeros, menos escrupulosos que ella, subieran a la habitación para ver el efecto de su obra, pero pasó más de un cuarto de hora sin que en la escalera sonasen pasos algunos. Sin duda los bandidos habían vuelto a celebrar bebiendo el buen resultado de su empresa.

En este espacio de tiempo estuve pensando el mejor medio para evadirme de aquella cueva, pues era indudable que en el momento [en que] subieran aquellos bandidos, yo no tenía otro remedio que sucumbir, no contando con otra defensa que la de mi espada.

Me dirigí a tientas a la única ventana que tenía el camaranchón y, después de muchos esfuerzos, logré abrir los maderos.

El cielo estaba todavía cubierto de negras nubes, pero la lluvia que caía ya no era torrencial, sino tenue y cernida.

Miré al suelo, que sólo distaba unos cuatro metros, y, poseído de esa audacia que da el miedo, no dudé un instante.

Me agarré fuertemente al alféizar, eché mi cuerpo afuera y... ¡zas! vine a caer en un gran charco que se había formado junto a la puerta, librándome milagrosamente de estrellarme la cabeza en un poyo de piedra que había al lado de aquella.

Apenas llegué al suelo, sentí caer sobre mí a *Granadero*, el cual no sufrió tanto como su amo.

Me levanté penosamente y, a pesar de las magulladuras que me había producido, emprendí una carrera desahogada por aquel camino lleno de charcos y barrizales que tan difícil hacían la marcha.

Después de correr con paso más o menos acelerado cerca de una hora, me detuve para escuchar los sonidos lejanos de una campana.

Era un reloj que daba las once. El pueblo donde había hecho alto mi regimiento no debía [de] hallarse muy lejos.

Por fin llegué a él y fui reconocido por los centinelas que guardaban las afueras.

Aquella noche daba la guardia mi compañía.

A la media hora estaba hablando con mi coronel, dándole cuenta de todo lo ocurrido, y pocos minutos después salía del pueblo con dirección a la venta, seguido de veinte soldados y un cabo que eran la flor de los valientes del regimiento.

Para abreviar, diré que llegamos a la venta, tocamos y no nos quisieron abrir y que el cabo *Pirriquis*, que era un aragonesote forzado, capaz de jugar a la barra con una pieza de artillería, hizo a culatazos en la vieja puerta un ancho boquete por el que entramos todos.

La sorpresa de los tres bandidos y la vieja fue muy grande cuando vieron aparecer sable en mano, al frente de los soldados, a aquel cuyo cadáver creían tener arriba.

Los cuatro intentaron resistirse, pero algunos culatazos fueron suficientes para reducirlos a la obediencia.

Registramos toda la venta y en el corral encontramos lo que yo esperaba. Bajo un gran montón de basura descubrimos una losa de piedra que cubría la entrada de un subterráneo, en el que estaban amontonados un buen número de cadáveres casi putrefactos y aserrados todos por la mitad del pecho.

Eran los restos de los desgraciados que se habían acostado en aquella cama de arriba para no despertar jamás. Los miserables de la venta hacía ya algunos años que se dedicaban a robar, asesinando por un medio tan seguro.

A la vista de tan horrible espectáculo se desbordó mi indignación y la de mis soldados y sucedió lo que era de esperar.

Al tiempo que en el cielo comenzaba a esbozarse la aurora con sus pálidos reflejos, los tres hombres y la vieja fueron fusilados en el corral y sus cadáveres los arrojamos a aquel mismo subterráneo para que se pudrieran en unión de los de sus víctimas.

Jamás me ha remordido la conciencia por aquel acto arbitrario que después fue aprobado por mi coronel.

Y ahora digan Vds. si tengo motivo para haber disecado a mi *Granadero* y contemplar enternecido sus restos como si se tratara de los de un individuo de mi familia.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

NOTAS

¹ El primer volumen, *Fantasías. (Leyendas y tradiciones)* lo publica en 1887. Siguiéron *Cuentos valencianos* (1896), *Cuentos grises* (1899), *La condenada y otros cuentos* (1900), y *El préstamo de la difunta* (1921).

² Sería deseable, para conocer en toda su extensión la trayectoria literaria de Blasco Ibáñez, que se hiciera un minucioso rastreo por revistas y periódicos para localizer las colaboraciones del escritor valenciano. De entre las de la primera época que ofrece en su estudio León Roca, no figura el cuento que aquí recogemos. Tampoco en la bibliografía de Smith.

³ De la figura de Fermín Herrán Tejada, promotor infatigable de la cultura vasco-navarra, me he ocupado parcialmente en distintos trabajos.

⁴ El número inicial del primer proyecto de la *Revista de las Provincias* lleva fecha de 1 de abril de 1877. Los tres primeros números se publicaron en Madrid (días 1 y 15 de abril, y 1 de mayo) en la Tipografía de la *Revista Contemporánea*. A partir del nº 4 (15 de mayo) Herrán trasladó la publicación a Vitoria, componiéndose en la imprenta de la Viuda de Egaña e Hijos. Salió con regularidad quincenal los días 1 y 15 de cada mes hasta el nº 9 (1 de agosto), pasando a publicarse las dos últimas entregas los días 30 de septiembre (nº 10) y 15 de octubre (nº 11). El día 1 de febrero de 1878 inauguró una segunda época, pasando a llamarse *Revista de las Provincias Españolas y Americanas*, y trasladando su impresión al madrileño establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, situado en la calle de la Palma Alta, nº 32. Los cinco primeros números de esta segunda época salieron con periodicidad semanal (nº 1: 1 de febrero; nº 2: 8 de febrero; nº 3: 15 de febrero; nº 4: 22 de febrero; nº 5: 1 de marzo). El número 6, que debió ser el último, retrasó su salida hasta el 8 de abril. Según confesión de Herrán a Menéndez Pelayo, el cese de la publicación se debió a una gravísima enfermedad de su padre, D. Adrián Herrán.

⁵ Los números correspondientes a 1889 se encuentran entre los fondos de la Biblioteca Julio Urquijo (Diputación Foral de Guipúzcoa. Koldo Mitxelena Kulturunea); el único número conservado de 1890, en la Biblioteca Menéndez Pelayo.

⁶ La proyección literaria de la filiación masónica de Blasco ha sido estudiada por Pura Fernández.

OBRAS CITADAS

- Blasco Ibáñez, Vicente. *Cuentos grises*. Valencia: Aguilar, 1899.
- . *Cuentos valencianos*. Valencia: Imp. M. Alufre, 1896.
- . *El préstamo de la difunta y otros cuentos*. Valencia: Prometeo, 1921.
- . *Fantasías. (Leyendas y tradiciones)*. Valencia: Imp. De "El Correo de Valencia," 1887.
- . *La condenada y otros cuentos*. Valencia: Sempere, 1900.
- Fernández, Pura. "Vicente Blasco Ibáñez y la literatura de propaganda filomasónica." *Debats* 64-65 (1999): 144-55.
- León Roca, J. L. *Vicente Blasco Ibáñez*. Valencia: Prometeo, 1967.
- Llombart, Constantino y José F. Sanmartín y Aguirre. *Flores y perlas*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1873.
- Menéndez Onrubia, Carmen. "Fermín Herrán Tejada, impulsor de la cultura vasca. Aproximación bibliográfica." *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX. Homenaje a Juan María Díez Taboada*. Madrid: C.S.I.C., 1998. 293-323.
- . "Fermín Herrán y el Ateneo Literario. La Casa de Cervantes en Valladolid (1872)." *Anales Cervantinos* 34 (1998): 289-325.
- . "Fermín Herrán y la Academia Cervántica Española de Vitoria." *Actas del Tercer Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Ed. Antonio Bernat Vistarini. Palma: Universitat de les Illes Balears, 1998. 139-47.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Epistolario*. Ed. Manuel Revuelta Sañudo. 7 vols. Madrid: FUE, 1984. 7: 433-35.
- Smith, Paul. *Vicente Blasco Ibáñez. An Annotated Bibliography*. London: Grant & Cutler, 1976.